10

T. 19
a
83-21-1
212
16-3-2
2324

DON MIGUEL DE MAÑARA.

A mi muy querido amigo el distinguido
poeta y eminente crítico Don
Antonio Sanchez Moguel en
prueba de admiracion y amistad

Adolfo

DON MIGUEL DE MAÑARA.

LEYENDA ORIGINAL

DE D. MANUEL CANO Y CUETO,

laureada con el primer premio

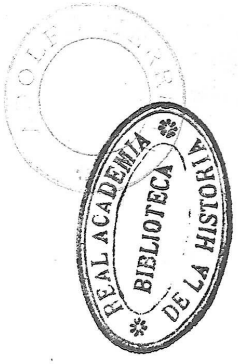
EN EL ASUNTO DE LEYENDA,

EN EL CERTÁMEN LITERARIO

CELEBRADO POR LA ACADEMIA SEVILLANA

DE BUENAS LETRAS

EN EL AÑO 1873.



SEVILLA.

Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3.

1873.

DON MIGUEL DE MAÑARA.

LEYENDA.

Hoy que el siglo despiadado
Ruinas siembra en las naciones,
Santo es buscar tradiciones,
Eco fiel de lo pasado.

El vulgo, anhelando ver
Mil aventuras extrañas
Y fantásticas hazañas
De valor y de poder,
Quiso, con afan notorio,
Sólo en un hombre encerrar
Todo escándalo y crear
Un nombre, Don Juan Tenorio.
Y el vulgo en esta ocasion
Forjó á la historia eslabones
Para unir mil tradiciones
Sólo en una tradicion.
Pero su indiscreto afan
Á la duda abrió la puerta
Y hay persona que no acierta

Quién es Mañara ó Don Juan.
No sé cómo en tal empeño
Y confusion hay quien ande
Siendo Mañara tan grande
Y Tenorio tan pequeño.
Éste, mito ó realidad,
Nada dejó tras su huella,
Tiene aquél su historia bella
Escrita en *La Caridad*.
Por todas partes los dos
Luto y dolor esparcieron,
Mas cuando los dos murieron
Fué uno á Luzbel, otro á Dios.

I.

En una oscura calleja,
Por los años mil seiscientos,
Que llamándose Laguna
Era en vicios lago inmenso,
Asentaban sus rëales
La gente de pelo en pecho,
Perailes y honras perdidas,
Sólo halladas por dinero.
Hallábase por entónces
De esta calle en un extremo
Una negra hospedería
De tan sospechoso aspecto,
Que en ella los alguaciles
Caza hallaron de provecho
Y vendimia las *gurapas*

Y los escribanos pleitos.
No anduvo desacertado,
Á mi ver, el hostelero
En elegir por vecinos
Gente de tan buen comercio,
Pues siempre hace falta Baco
En el sitio en que está Vénus.
El tal meson parecia
Ser peaje del infierno,
Pues era, más que posada,
De gente *non sancta* templo,
Refugio de Celestinas,
Picota de caballeros,
Red de frágiles virtudes,
Confesonario de enredos,
Y tapete de barajas,
Y gran palenque de entuertos.

Hay en aquella hostería,
De la entrada á corto trecho,
Una puerta que conduce
Á un vasto y limpio aposento.
Sobre ella se vé una imágen
De Jesus en el madero,
Que alumbran tres farolillos
Pendientes del sucio techo,
Encendidos por la fé
Del endiablado hostelero,
Que ántes no echára agua al vino
Que aceite á los tres mecheros.
El umbral de aquella estancia
Huele á gloria, pero á infierno
El aposento trasciende,
Por ser joya de tal dueño.
Á la sazon en él hablan
Dos hombres de vário aspecto:
Frisa el uno en los cincuenta,

Alto, delgado, moreno,
Ojos de buitre, nariz
Aguileña, algo siniestro
Revelando su semblante
Y su sarcástico acento.
Es Gregüela, de Mañara
El solapado escudero;
Y es el otro maese Lope,
De aquel meson digno dueño.
Obeso y bajo; de rostro
Ancho, abultado, bermejo.
Parece por su semblante
Retrato fiel de Sileno.
De asuntos del diablo tratan,
Pues Lope encorvando el cuerpo
Y apoyándose en los nudos
De la mano
—¡Por San Pedro!
Exclamó. ¿Cuántos vendrán?
—Doce serán á lo ménos.
—¿Beben mucho?
—Mucho beben.
—¿De lo caro?
—De lo bueno.
—¿Traigo naipes?
—Vengan naipes.
—¿Habrá faldas?
—¿Qué os vá en ello?
—Nada á fé, que en tales casos
Nací sordo, mudo y ciego.

Quedó el escudero á solas,
Pero nó por mucho tiempo,
Pues en el portal á poco
Mil carcajadas se oyeron,
Y el aposento llenaron
Rufianes y caballeros.

Cual se eleva la palmera
En el árabe desierto,
Entre aquella turba alegre
Descuella un noble mancebo
Bizarro por su apostura
Y famoso por sus hechos.
Es jóven, alto y delgado,
Profuso y negro el cabello,
Ojos rasgados y grandes
Y como la noche negros.
Tal es el cabal retrato
del célebre caballero
Miguel de Mañara, nombre
Que atravesando los tiempos
Ha ocupado las leyendas,
Los cinceles y los lienzos.
Los otros que le acompañan
Son alegres compañeros
En reñidas aventuras
Y en amorosos enredos;
Flor y nata de Sevilla
Por sus nombres y sus deudos
Y por sus vicios azote
De nobles y de plebeyos.
Pesadilla de los padres,
De alguaciles escarmiento,
Y terror de los maridos
Y duendes de los conventos.

Al rededor de la mesa
Ocuparon los asientos,
De las botellas al punto
Comenzando el jubileo.
Levántase de la silla
Don Santiago de Acebedo,
Tan dotado de fortuna
Como de instintos perversos,

Y tomando entre sus manos
Un vaso de vino añejo,
Exclamó:—¡Señores mios!
Todos á la par brindemos
Por la causa que nos trajo
Á visitar este templo
Del dios Baco y esta calle
Que es para las honras Dédalo.
—Me teneis con impaciencia,
Dijo Mañara riendo,
Y grande será sin duda,
Pues hace que visitemos
Este lugar áun más propio
De rufianes y escuderos,
Que de gentiles personas
Que llevan los nombres nuestros.
—La causa sois vos,—con flema
Respondióle el de Acebedo.
—¿Qué decís?
—¿Y lo extrañais?
—¡Por Cristo!... ¡Yo no os comprendo!
—Nos dijísteis, no acertábais
Á indagar el paradero
De vuestra postrer manceba
Ana....
—¿Y bien?...
—Y suponiendo
Que viva y esté en su juicio,
Profesion santa habrá hecho
De monja.
Mil carcajadas
Se alzaron con loco estruendo,
Y se chocaron los vasos,
Y hubo de brindis un ciento.
—Señores, para nosotros,
Dijo el infame Acebedo
Con aire zumbon y alegre,

Hay dos clases de conventos:
Los de Dios están cerrados,
Los del Diablo están abiertos,
Los del Diablo recorrimos
Y no hallamos nada, luego
Vuestra postrer adorada
Está en los otros conventos.

Calló el gentil orador,
Y los otros, aplaudiendo
Sus frases con grandes risas,
No vieron el rostro fiero
Con que al concurso Mañara
Altivo impuso silencio.

—Habeis pensado, exclamó,
Muy pobremente de mí
Y me extraña que hasta aquí
Callar no os hiciera yo.
Ana llena de sonrojos
De mí á ocultarse comienza
Porque aumenta su vergüenza
Cuando la miran mis ojos.
Y eso no viene á probar
Que yo me encontrase á Ana
Convertida en cortesana
De un inmundo lupanar.
Que á la mujer que su honor
Me dá en un loco momento,
La mata el remordimiento
Ó la asesina el amor.
Las que por mí son queridas,
Al dejarlas yo olvidadas
Quédanse para enterradas,
Mas nunca para perdidas.
Tan grande mi orgullo es,
Que al rendir yo sus firmezas

Cual gigantes fortalezas
Las quiero para después.
—¡Por Dios! dijo el de Acebedo,
Que absorto me habeis dejado,
Y de haberos escuchado
Me huelgo á fé.
—Mi denuedo
Probado está, y mi valor
Jamás de mi nombre en mengua
Puesto lo tuve en la lengua,
Sino en mi acero y mi honor.
Á la mujer sé adorar
Y rendirla y engañarla,
Seducirla y olvidarla,
Pero no la sé ultrajar.
Serán pensamientos vanos,
Mas sé del amor los fueros....
¡Rendirlas, de caballeros!
¡Infamarlas, de villanos!

Calló Don Miguel, y el Diablo.
Quizás celoso de oirlo,
Quizo irritar de Acebedo
El pecho feroz y altivo;
Mas éste, como los otros,
Miraban con ojos fijos
Á la puerta de la estancia,
Do cual fantasma divino
Apareció hermosa niña
De indefinibles hechizos,
Cuya voz era de un ángel
El acento peregrino.

Reinó un momento sepulcral silencio;
La niña dijo con doliente voz:
—¡Mi madre muere; por piedad, hidalgos,
Una limosna por amor de Dios!

Mi madre muere abandonada y sola.
Nadie mi pena alcanza á mitigar.
Nadie escucha mi voz, ni vé mi llanto:
Sois nobles, ¡caballeros, caridad!
Fiera tempestad de risas
Á su acento respondió,
Y si la niña hablar quiso
Se heló en su pecho la voz.
—Demandante á tales horas
Y en tal lugar, exclamó
El endiablado Gregüela,
Que estaba de buen humor,
Es prueba, hermosa tapada,
Que anduvo el oficio hoy
Algo esquivo; consoláos,
Mejora sus horas Dios.
No pidais por esa anciana,
Pues juro á fé de varon,
Que nunca una Celestina
De hambre en Sevilla murió.
Enseñad vuestro semblante,
Que aquí hallaréis ¡voto á briós!
Quien por pobre os dé un ducado,
Y por hermosa un doblon.
Y diciendo estas palabras
El manto la arrebató,
Un semblante descubriendo
Que enojos causára al sol.
Cayó al suelo de rodillas
La niña y con triste voz
—¡Tened piedad! entre llanto
Amarguísimo exclamó,
Al par que los caballeros
Corrieron en confusion
Á admirar su gran belleza
Y á darle ayuda y favor.
Llegó ante todos Mañara,

Del suelo la levantó,
Y al tenerla entre sus brazos
Sintió tan fuerte opresion
En su pecho, que su rostro
Como el mármol se tornó.
Notó Acebedo la súbita
Mudanza de su color,
Y en tan frágil fundamento
Ancho cimiento encontró
Para alzar un edificio
De lágrimas y dolor;
Que en la mudanza del rostro
Su negra astucia leyó
Las terribles y profundas
Tormentas de un corazon.

Volvió en sí la pobre niña,
Sus lágrimas enjugó,
Quiso salir de la estancia,
Mas la detuvo la voz
De Mañara, que turbado
Su escarcela le ofreció.
Bajó los ojos confusa:
—Guardadla, dijo, por Dios,
Que la limosna es á veces
Más que limosna baldon.

Y si entró como fantasma
Cual sombra despareció.

¡Un ángel! ¡Un ángel es!
Le dijo su corazon
Á Mañara; y Acebedo,
Que tal vez adivinó
Lo que Mañara sentia,
Dijo con torpe intencion.
—Vinimos buscando á un diablo

Y un ángel se apareció.
Vos, Mañara, que en el mundo
No teneis competidor
Que os gane á rendir bellezas,
Porque al fin humanas son,
Probad vuestra bizarría
En un ángel del Señor.
Yo os señalaré la presa:
Esa niña.
—Compasion
Para ella, dijo Mañara.
—Ó compasion para vos.
¡Por Santiago! ¿quién os dice
Que vos salgais vencedor?
—¡Acebedo!
—¡Bravo! ¡bravo!
Exclamaron á una voz
Todos los otros.
—¡Mañara!
El africano leon
En la tímida gacela
Clava su garra feroz,
Que para probar su esfuerzo
Siempre intentarlo bastó.
—Es que robar la pureza,
La existencia y el honor
Á esa pobre niña....
—Fraile
Me estais pareciendo vos
En esta ocasion, Mañara.
—Pues bien, si vence el leon,
El tigre caerá tambien.
—¿Y quién es el tigre?
—Vos.
(Gregüela, corre, averigua
De esa mujer la mansion).
¡Acebedo! En cuatro dias

La habré arrebatado á Dios.
Y calándose el sombrero
Hasta las cejas, salió
Don Miguel de aquella estancia
Lleno de rabia y dolor,
Al par que el tuno Gregüela
Marchaba á su obligacion.

II.

En un humilde aposento
Y á la luz medrosa y pálida
Que una lámpara de vidrio
Presta en oscilantes ráfagas,
Casi oculta entre las sombras
Se vé una imágen sagrada
De Jesus en la agonía,
Y á sus piés, entre las pardas
Cortinas de un vasto lecho,
Luchando está con las ánsias
De la muerte un hombre anciano
Lleno de arrugas y canas.
Ante el Cristo, de rodillas,
Murmurando una plegaria,
Ahogada entre mil suspiros
Y toses, se vé una anciana
Cuyo rostro y cuyas tocas
Ser una dueña declaran.
Junto al lecho, de pié, inmóvil,
Inmóvil como una estátua,
Ocultando su semblante
Entre sus manos nevadas,

Una mujer reza y llora,
¡La triste, la infeliz Ana!
¡Qué momentos de agonía!
Aquella fúnebre estancia,
Donde la muerte impasible
Agita sus negras alas,
Parece tumba sombría
Que sólo la piedra aguarda
Para encerrar en su seno
La existencia y la esperanza.

Incorporóse el anciano,
Fijó la incierta mirada
En su hija, y anhelando
Dar una trégua á sus ánsias,
Besando por vez postrera
Aquella frente adorada,
Le mandó que se acercase,
Y entre un torrente de lágrimas,
Estrechándola en sus brazos,
Exclamó:—¡Bien de mi alma!
¡Voy á morir! Mas, no tiembles,
No quedas desamparada;
Dios protegerá á tu hermano,
Que ahora lucha por la pátria
Allá en Flandes, y él contigo
De padre hará. ¡Pobre Ana!
No sabes la amarga pena
Que el dejarte aquí me causa.
¡Ojalá fueras el ángel
Que á los cielos me llevára!
Nunca olvides mis consejos,
Sé como tu madre honrada,
Pura y buena y religiosa,
Conserva el pecho sin mancha.
Si desoyendo este noble
Consejo mi nombre infamas,

Desde el cielo mi anatema,
Nó mi bendicion te aguarda.

Cual en noche tormentosa
En que el fiero huracan brama,
El arbusto carcomido
Se retuerce y se desgarra,
Hasta que al fin viene á tierra
Impotente á lucha tanta,
Así la infelice niña,
Al escuchar las palabras
Que en su dolorido pecho
Cual puñales penetraban,
Exhalando un grito sordo
Cayó al suelo desmayada.
Corrió la vieja en su auxílio,
Y el anciano entre sus ánsias
Casi lanzóse del lecho
Preso de dudas amargas.
Volvió en sí la triste niña,
Y ojalá muerta quedára,
Tendió á su padre los brazos
Y entre un torrente de lágrimas
¡Perdon, dijo, padre mio!
Perdon, ¡estoy deshonrada!
El anciano con sus ojos
Vueltos encendidas brasas,
Lanzóse fuera del lecho,
Quiso hablar, no dijo nada,
Y cual cae sobre la tierra
El pino que troncha el hacha,
Á los piés de la infelice
Cayó aquel cuerpo sin alma.

III.

La mente llena de idéas
Y el corazon de fatiga,
Entró en su casa Mañara
Pensando en la hermosa niña,
Que al pedir una limosna
Conmovió todas las fibras
De su corazon, dormido
Á una pasion santa y digna.
Despierto por vez primera
Y al mirar tanta rüina,
Tanto crímen, vicio tanto,
Envuelto entre las cenizas
De sus antiguas pasiones;
Avergonzado á la vista
De aquellos tristes despojos
De un alma vil, corrompida,
¿Acallar pudo las voces
Que con ignota armonía
Mil horizontes mostrábanle
De ventura y de delicias?
¡Quién sabe! Sus negros ojos
Brotaron una furtiva
Lágrima, ¡tal vez primera
Gota de llanto vertida!
Y nacida al dulce fuego
De una esperanza divina.
¡Con qué ansiedad esperaba
La perezosa venida
De su escudero! Las horas

Para el que espera, tardía
Marcha tienen, y hay momentos
Que una eternidad imitan.
Oye en el silencio voces;
La luz que trémula oscila
Llena la estancia de sombras
Y en cada sombra imagina
Ver al escudero tardo
Darle esperadas noticias.
Llegó por fin, y este diálogo
Entablaron con tal prisa,
Que si las respuestas crecen
Son las preguntas concisas.
—¿La pudiste hallar?
—Sí á fé.
—¿Y la seguiste?
—Seguíla.
—¿Dónde vive?
—Junto al rio,
Y del rio tan vecina,
Que el Bétis lame los muros
De la casa donde habita.
—¿Sabes su nombre?
—Enterado
Estoy de todo.
—Habla aprisa.
—Entré, segun mi costumbre,
Á dar fuerza á mis rodillas,
Para poder con presteza
Ser Mercurio de noticias,
En un meson endiablado
Que dista de la capilla
De San Jorge corto trecho,
Y supe de buena tinta,
Es decir, por una vieja
Que es un archivo de vidas,
Que ese portento de mozas

Tiene una madre enfermiza
Que por achaques de años
Próxima está á la agonía,
Diez y seis Mayos floridos
Y ni un cornado en su arquilla.
—¿Su nombre?
—¡Por Dios! su nombre
Mucho bueno profetiza,
Que quien Caridad se llama
Ha de ser caritativa.
Además, aquella vieja,
Portento de Celestinas,
Y que de su cuerpo sólo
Conserva la lengua lista,
Me ha contado ¡bachillera!
La historia más peregrina.
—Cuéntala, pues.
—Vaya el cuento,
Que ¡pardiez! me causa risa,
Pues su historia es un retrato
Completo y fiel de la mia.
Un soldado malandrin,
Ó rufian perdonavidas,
Pues en cuanto á profesion
No anduvo la vieja explícita,
Hace diez y siete años
Supo hallar hospedería
En el pecho candoroso
De la madre de la niña,
Y al temer que el hospedaje,
Siendo de balde, saldria
Asaz caro si arreglaban
Las cuentas gentes de misa,
Puso piés en polvorosa,
Sentó plaza en la milicia
Y en Flandes olvidar supo
Lo que dejára en Sevilla.

Pero después de su marcha
Despertó al mundo una niña
Que al no tener padre, acaso
Tuvo la primera dicha.
Su madre, desconsolada,
Recordando antiguos dias,
Fué tan viuda sin serlo
Que aventajaba á Artemisa.
La vieja, diz que fué tonta,
Pues siendo de cara linda
Pudo engañar á algun necio
Y vivir feliz y rica.
Mas como pobre es la honra,
Está tan empobrecida,
Que ni un doctor vá á matarla
Con filtros y medicinas.

Calló el taimado escudero
Y Mañara con la vista
Le ordenó que se alejase.
La seña fué obedecida
Y al verse solo quedóse
En actitud reflexiva;
Y pasaron muchas horas,
Muchas horas, sin sentirlas
Mañara que, fijo, inmóvil,
Pensaba... ¿Qué pensaria?

IV.

Una amalgama crüel
Tan triste como fatal,

El bien hermanando al mal,
Dios al lado de Luzbel;
Tal era la confusion
Que en Mañara se observaba
Y que al parecer cambiaba
Por horas de corazon.
Y en aquel combate interno
Á las claras se leia
Que un santo al cielo daria
Ó un diablo para el infierno.
Acostumbrado á triunfar,
Do quier rüinas dejaba.
¡Era noble... y no lloraba,
Que no sabía llorar!
Mil veces, mil, con dolor
Entraba en cuentas consigo,
Siendo su mente testigo
De sus pecados de amor.
Y al ver con pecho turbado,
Que en cada amarga victoria
La paz robaba y la gloria
Á un ángel desventurado,
Voy nueva vida á emprender
Mañana mismo, decía,
Pero *mañana* venía
Y seguia como *ayer*.
Sus hazañas relataba
El vulgo con ánsia loca,
Corriendo de boca en boca
Aunque él siempre las negaba.
Y era tan grande el renombre
Que el buen Mañara tenía,
Que un escándalo no había
Que no llevára su nombre.
Y como á cuenta tomára
Las culpas propias y agenas,
En el mundo no hubo apénas

Persona que le igualára.
Mas sin duda con clemencia
Mirándolo, quiso el cielo
Dejarle, en su loco anhelo,
Algun resto de conciencia.
Y dentro del corazon
Fuertes voces escuchaba,
Y á veces hasta temblaba
Pidiendo al cielo perdon,
Al mirar en ocasiones
Mil fantasmas rodearle
Y por do quiera acosarle
Con pavorosas visiones,
Aunándose en lazo fuerte,
Con vivos remordimientos,
Mónstruos terribles, sangrientos,
Sombras pidiendo su muerte.
Pero el vértigo pasaba,
Y, habré soñado, decía....
Y luégo al siguiente día
De su terror se burlaba.
No habia enmienda. Encadenado
Por un vínculo fatal
Estaba su pecho al mal
Y estaba al mal resignado.
Y una y otra, y otra luégo,
Ansiando ahogarse en placeres,
Crüel sedujo á cien mujeres
Ardiendo en impuro fuego.
Así de la pobre Ana
La pureza arrebató,
Y aquella flor marchitó
De su Abril en la mañana.
Y al recordarla quizás
No halló más su pensamiento
Que el nuevo remordimiento
De una seducida más.

Pero el cielo, con rigor,
De sus crímenes testigo,
Le preparaba un castigo
En su pecado, el amor.
Preso de violento afan
Latir el pecho sentía,
Y su corazon ardía
Con la lava de un volcan.
Y con terribles enojos,
Presa el alma de quebranto,
Abrasaba con su llanto
Las órbitas de sus ojos.
Porque ellos vieron sin calma
La imágen que desearon,
Y en Caridad encontraron
Dulce asilo para el alma.
Él, preso de amor profundo,
Su pecho altivo rindiera....
Ser bueno y noble quisiera....
¿Pero qué dijera el mundo?
Ántes que lleguen á ver
Cámbio alguno en su vivir,
Hará en su pecho morir
El *bien* que empieza á nacer.
Y él, prodigio de heroismo
Y de temerario ardor,
No encontraba en sí valor
Para vencerse á sí mismo.
Que en la lucha mundanal
De tanto afecto y pasion,
En sí mismo el corazon
Encuentra el mayor rival.

V.

Coronada de nácares y ópalos
Con su manto de grana y de zafiros,
En el cielo levántase la aurora
Adormecida entre el aroma tíbio
De las silvestres flores, que derraman
Sus perfumes preciados y divinos,
Y los cantos de pardas golondrinas,
Que saludan al sol desde sus nidos.
De púrpura se tiñen los collados,
Y las ondas del Bétis cristalino
Cual doradas escamas reluciendo
Sierpe semejan de dorado brillo.
Mil ecos precursores de otros ecos
Por do quiera se escuchan repetidos,
Levántanse murmullos, secas notas,
Voces aisladas, seductores trinos,
Y de la antigua y colosal Giralda
Las cien lenguas de bronce lanzan gritos.

¡Qué dulce es despertar á un nuevo día
Serena el alma, el corazon tranquilo!
¡Qué triste es la mañana para aquellos
Que en la noche han llorado y han sufrido!
¡Infeliz Caridad!—Turbios tus ojos
Y tu semblante pálido y marchito,
Inclinas sobre el lecho de tu madre,
Húmedo por el llanto que has vertido.
El haz de oro que la luz derrama
Sobre tu frente pura, es el divino

Beso que el ángel del naciente día
Te manda envuelto en celestial suspiro.
¡Infeliz Caridad!—¡Cuánto has llorado!
¡Cómo en tu triste pecho has escondido
Al lado del dolor, la nueva pena
Que te destroza el corazon sencillo!
Los brazos que estrecháran tu cintura
Eran de una serpiente los anillos,
Y el veneno sutil ha penetrado
Y tu alma quema con su fuego impío.
¡Mañana!—¡Caridad!—¿Cómo pudieran
Vuestras almas fundirse en un cariño?
¿Cómo el fiero milano y la paloma
Pudieran habitar un mismo nido?

La brisa que juguetona
Del Bétis las ondas besa,
Refresca de aquella niña
Las sienes calenturientas.
Enjuga su acerbo llanto,
Luego á su madre contempla,
Que quizás duerme tranquila
Porque con el cielo sueña.
Y con vacilante paso
La pobre estancia atraviesa
Y asomada á una ventana
Solloza, suspira ó reza.
Su rostro tiene las tintas
De la marchita azucena,
Y sus ojos azulados
Algo del cielo recuerdan.
Exhala su dulce boca
Suave aroma de pureza,
Y sus cabellos de oro
Caen en profusas guedejas,
Sobre su espalda y su pecho
Que ampos de nieve semejan

¡Ángel parece que llora
Abandonado en la tierra!
Amor, deleite, alegría,
Esperanzas, sólo encuentra
En las flores y en las aves
Y en todo cuanto le cerca,
Y ella entre tantas venturas
Siente anegarse en tristeza.
Mañana, quizás hoy mismo
Llorará á su madre muerta,
Y ella quedará en el mundo
¡Sola y pobre! Ante esta idéa
Le parece que hasta el día
Es noche y el sol tinieblas.
¡Sola! Arraigando en su pecho
Una pasion ¿qué le espera?

. . . . . .

. . . . . .

Dos fuertes golpes sonoros
Estremecieron las puertas,
Y llenaron con sus ecos
Aquella mansion de penas.
Corrió á abrir la pobre niña,
¡Y cuál fué su gran sorpresa,
Al ver al gentil Mañara
Inmóvil delante de ella!
¿Qué sentir pudo en su pecho?
Su semblante de azucena
Tiñóse con los colores
Del pudor y la vergüenza.
Mañara pálido, triste,
Miraba á aquella doncella,
Como avaro que un tesoro
Ante su vista contempla.
Á la vista de aquel ángel
Más su pasion se acrecienta,
Y más el remordimiento

Le grita con voz severa.

—Miradme con compasion,
Dijo el doncel conmovido,
Porque vengo arrepentido
Á demandaros perdon.
Con loco y sangriento afan
Os insultó mi escudero,
Y llorando un caballero
Está la accion de un rufian.
Y si por crímen nó mío
Mi humilde don despreciásteis,
Vengo, porque al par robásteis
De mi pecho el albedrío.
—¡Por Dios! hidalgo, callad.
—Tened de mí compasion
Y oiga vuestro corazon
La voz de la caridad.
Así os llamais, no os asombre
Que yo piense, haciendo agravios,
Que sólo para los lábios
Teneis ese bello nombre.
Una sola vez os ví
Y no sé qué en vos hallé,
Que presa el alma dejé
En vuestros ojos de hurí.
Creció mi loca pasion,
Creció el fuego de mi afan,
Y es hoy terrible volcan
Que me abrasa el corazon.
Esta pasion ciega y loca
Quizás os causará enojos,
Mas vedla arder en mis ojos
Y vedla hervir en mi boca.
—Ved mis lágrimas os ruego.
—Son agua y nada podrán.
¿Cuándo el agua, de un volcan

Pudo mitigar el fuego?
—¡Por piedad!
—Nunca hasta hoy
Sentí del amor la fé...
Y es tan cierto ¡que no sé
Si el mismo Mañara soy!
No os cause este nombre espanto,
Que de él tambien me avergüenzo
Y arrepentido comienzo
Á borrarlo con mi llanto.
Mis crímenes ¡por mancilla!
Los saben niños y viejos...
¡Huyamos; léjos, muy léjos!
Quiero no ver á Sevilla.
Mas ¿llorais?
—¡Por Dios! callad.
—¿Y no veis cómo os imploro?
—Ved mi llanto.
—Ved mi lloro
Y tened de él caridad.

. . . . . .

Y así diciendo Mañara,
Con el alma y nó la lengua,
Cayó de hinojos al suelo
De dudas el alma llena.
Sarcástica carcajada,
Que hasta la sangre le hiela,
Cual lanzada por un diablo
Á sus espaldas resuena.
Y al levantarse Mañara
Y tender la vista incierta,
Alcanza á ver á Acebedo
Que de léjos le contempla,
Marcadas en su semblante
De hondo desprecio las huellas.
De Mañara el fiero orgullo
En sus ojos se concentra,

Y sus megillas se tiñen
De despecho y de vergüenza.
Y sin mirar á la niña,
Que llora y temblando reza,
Se alejó de aquellos sitios
Como la herida pantera
Que rugiendo de coraje
Y dolor busca su cueva.

VI.

Como el náufrago que lucha
Combatiendo entre las ánsias
De la muerte, que impasible
Entre las ondas le aguarda,
Y las fuerzas al faltarle
Mira la risueña playa,
Y haciendo el postrer esfuerzo
Y al ver que no hay esperanza
Lanzando horrible blasfemia
Se hunde en las ondas con rabia,
Así el mancebo impotente,
Cree ver las puertas cerradas
De la virtud, que un momento
Quizás con ánsia buscára,
Y en los mares de su orgullo
Su triste pecho naufraga.
El terrible ¿qué dirán?
Ese implacable fantasma,
Que chupa como vampiro
Las nobles prendas del alma,
Es el espectro que ahoga

El corazon de Mañara.
Que quizás por vez primera
Se abrió á una dulce esperanza.
Buscó á Acebedo y los otros
Fanfarrones de la infamia,
Y causándole vergüenza
Que en su pecho adivináran
Los gritos, las fuertes voces
Que con espanto escuchaba,
Quiso ser más que habia sido
Hasta allí, y hacer tal gala
De vicio, que hasta su mente
De sí misma se espantára.

Y preparó tal orgia
Dentro de su propia casa,
Que hasta los blancos tapices
Tomaron color de grana.
Y en el soberbio aposento
En que aquel festin se daba,
Anegándose en oprobio
Elevó el gentil Mañara
Un trono para el escándalo
Y un altar para la infamia.

Y de nobles sin nobleza
La turbulenta canalla
Acudió con tal exceso
Á manchar aquella estancia,
Que todo vicio tenía
Imágen representada.
. . . . . .
. . . . . .
El vértigo se apodera
De tal modo de sus almas,
Que las botellas se chocan,
El licor se desparrama,

Y los gritos se confunden
Con horrísona algazara.
Penetra en aquel momento
Gregüela en la rica estancia,
Y acercándose á su amo
Pone en su mano una carta,
Haciendo un guiño á los otros
Que por un momento callan,
Para pedir en mil voces
Del pliego lectura clara.

Abrió el pliego Don Miguel
Y de sus manos crispadas
Cayó al suelo; vió la firma...
¡Y la firma era de Ana!
Cogió la carta Acebedo,
Y dando una carcajada
Exclamó:—¡Por fin, señores,
Sabe Don Miguel de Ana!
—Leedla, pues, leedla, exclamaron
En confusion: leed la carta.
—Dice así, y haya silencio
Que la epístola no es larga.

«Si te escribo este papel
Es que te quiero decir
Que áun empezando á morir
Sólo pienso en tí, Miguel.
En este momento insano,
Más que mi terrible suerte,
Más que el ánsia de la muerte
Pensar me aflige en mi hermano.
Él vendrá ¡triste de mí!
Y al ver en su honor tal méngua
Si me perdona su léngua
Lavará su honor en tí.
¡Huye por Dios! Perecer

Por tu causa es mi alegría.
¡Cuántas cosas te diría
Si yo te pudiera ver!»

Dió término el de Acebedo,
Con una risa endiablada,
Á aquellas letras escritas
Con ménos tinta que lágrimas.
Mañara inclina su frente,
Por los vicios marchitada,
Dentro de la cual esconde
De un volcan la ardiente lava.
Sin murmurar una frase
Toma á Acebedo la carta,
Y guardándola en su pecho
De su asiento se levanta,
Y á largos pasos se aleja
De aquella báquica estancia,
Donde prosigue la orgía
Más loca y desenfrenada.
Á poco entró su escudero,
Y al preguntarle la causa
De la ausencia repentina
De su dueño, sólo exclama:
—Ha ido en busca de aventuras.
Y dando una carcajada
Dijo el infame Acebedo:
—Está loco este Mañara.
¡Brindemos por sus amores!
¡Por Caridad y por Ana!

VII.

Negros nubarrones cubren
El adormecido cielo,
Y en el espacio palpitan
Voces y ruidos siniestros;
El silbo de una lechuza,
El grito de algun mochuelo,
Y las voces pavorosas
Que en las ráfagas del viento
Un lenguaje tal vez hablan
De espíritus y de espectros.
No hay más luz que la que arde
Con seco chisporroteo
Dentro de algun farolillo
Tan súcio como pequeño,
Colgado en algun retablo
Y en ocasiones sirviendo
De faro á los rondadores
Y de testigo en sus duelos.

Mañara rápido marcha
Entre las sombras envuelto,
En Ana puesta su mente
Y su mano en el acero.
Su imaginacion turbada
Por los báquicos excesos
Se confunde en mil ideas
Y quiméricos deseos,
Y al par escucha aterrado
En lo profundo del pecho

Mil gritos ¡gritos terribles
Que eleva el remordimiento!
¿Adónde vá? ¡Quién lo sabe!
¡Sólo lo saben los cielos!

Tomaba una calleja,
Con ánsia la cruzaba
En otra se lanzaba
Con loca rapidez,
Y su agitado paso
Jamás se detenía,
Fantasma parecía
De extraña intrepidez.
Su mente ciega y loca
No coordinó una idéa,
En desigual peléa
Está su corazon.
En él Caridad gime,
En él la pobre Ana
Oye la voz insana
De horrible maldicion.
Y ve, que dentro el pecho
Y ardiendo de coraje,
Venganzas á su ultraje
Demandan sombras mil.
¡Leonor, Inés, Amparo...!
¡Cien víctimas de amores!
Encantadoras flores
Marchitas en su Abril.
Preso de afan y angustia
Siente estallar su frente,
Dentro del pecho siente
Terrible, cruel afan.
Y entre el delirio, mira
Su corazon deshecho,
Y que es su triste pecho
Asiento de un volcan.

Sus pálidas megillas
Por el dolor quemadas,
Aparecen cuajadas
De gotas de sudor....
Y quiere detenerse....
Y yá imposible era,
Que adquiere su carrera
Velocidad mayor.
Y entónces maldiciendo
Su suerte y su destino
En ráudo torbellino
Con vértigo infernal,
Corre en busca de *algo*,
Tal vez sin forma y nombre,
Semeja más que un hombre
Espíritu del mal.

Cual obediente á un conjuro
Y por intuicion diabólica,
Sevilla toma á sus ojos
Nueva, fantástica forma.
Las calles se descomponen
Y las casas se transforman,
Siendo las unas jardines,
Siendo alcázares las otras.
La noche roba las tintas
De primaveral aurora,
Palpitando en el espacio
Cantares y dulces trovas.
Cuanto anhelára el deseo,
Cuanto sueña el alma loca,
Otro tanto vé Mañara
En la vision deleitosa.
Vuela embriagada la brisa
De perfumes y de aromas,
Y un calor tan dulce y tíbio
Y grato tiene la atmósfera,

Que es un delirio aquel mundo
De mente voluptüosa,
Ó es la mansion de placeres
Que profetizó Mahoma.
Allí contemplar anhela,
Su alma de goces ansiosa,
Una mujer que yá finge
En su mente impura y loca.
Y corriendo en busca de ella
Cree que sus ánsias se colman,
Al ver en una ventana
Á una dama ¡y tan hermosa!
Que diera sus cien conquistas
Por esta conquista sola.

Vió su rostro otra vez, era su imágen
Un retrato quizás
De una mujer que conoció y que amaba
Y que llegó á olvidar.
Mas nó, que en su semblante nacarado
Hay *cierto no sé qué*,
Que algo indecible, y vago y misterioso
Se transparenta en él.
Su encendido deseo aumenta y crece
Como llama voraz.
En sus lábios yá siente la dulzura
De un beso palpitar.
Imagínase loco que la dama
Le llama con su voz,
Y por las rejas... ¡por el aire acaso
Intrépido subió!

La dama desaparece
Cual fantástica quimera,
Y al arrojarse en la estancia
Donde el loco doncel sueña
Mil amorosos delirios

De locura y de impureza,
Vé cuadro tan pavoroso
Que hasta su sangre se hiela.
Vestido está el aposento
Con fúnebres, negras telas,
Y en medio, entre cuatro cirios
Que lloran gotas de cera,
Un negro y largo ataud
Mudo de espanto contempla.
En él, de luto vestida,
Una mujer está muerta;
Sus ojos no están cerrados,
Le miran, le ven, le observan,
Sus miradas son de hielo,
Y sin embargo le queman.
¡No es un sueño, no es delirio
De su mente! ¡es Ana!! ¡es ella!!

De pavor morir se siente
Y de angustia y dolor tiembla
Al ver que brota una lágrima
De los ojos de la muerta.
Hácia el balcon retrocede,
De terror el alma llena,
Y lanzándose á la calle
Exánime cayó en tierra.

Volvió en sí y al sálir de su letargo
¿Dónde estoy? ¿dónde estoy? pudo exclamar.
¡Quimérica vision, sombra implacable,
Aléjate de mí por caridad!
Sueño ó fantasma que el infierno envía,
¡Ten piedad, ten piedad de mi dolor!
¿Adónde estás? Yá siento que una tumba
Abres en la mitad del corazon.
¡Encerrar tu cadáver en mi pecho!
¡Ser vivo cementerio! ¡No es vivir!

¡Mátame por piedad, véngate airada
Ó ten benigna compasion de mí!

Y era tan grande su vértigo
Y tan grande su terror,
Que mónstruos sólo veia
Su ardiente imaginacion.
En la oscuridad saltaban
Con horrísono fragor
Espectros, larvas, quimeras,
Sin formas y sin color.
Pandemonium espantable,
Aquelarre en combustion,
Donde las brujas ó el diablo
Fueran la imágen mejor.
Lleva en sus alas el viento
Lúgubre, mortuorio son,
Y á cada instante que pasa
Más claro y distinto oyó
El canto pausado y fúnebre
De esas salmodias, que son
Palabras que de la muerte
Tal vez el hombre aprendió.
Y allá muy léjos, muy léjos,
Al sepulcral resplandor
De blandones y de cirios,
Vé en fúnebre procesion
Negros fantasmas, cantando
Con helada y ronca voz
El terrible *Dies iræ*,
Que le hiela el corazon.
Porque aquel canto angustioso
Toma sér, vida, color,
No son palabras, ni notas,
Son tiempo, lugar, accion
De esa epopeya de muerte
Que el Evangelista vió

Entre un vértigo de fuego
Y un soplo vivo de Dios.
¡Dies iræ! Es el castigo
Que le aguarda al pecador.
No son quimeras, ni mónstruos,
Ni vanos fantasmas son;
Lo que ahora vé con espanto,
Es su conciencia ante Dios,
Oyendo lleno de angustia
Aquel canto aterrador,
Que á escucharlo un cementerio
Se alzáran en confusion
De sus sepulcros los muertos,
Esperando oir la voz
Que leyera su sentencia
De vida ó condenacion.
Pegado á un muro, temblando
Como nunca hombre tembló,
Mira avanzar lentamente
La terrible procesion.
Buscó con ánsia una imágen
Y á su frente un Cristo vió,
Quiso rezar... y no pudo,
Y más creció su terror
Viendo que al mirar al Cristo
Del Cristo el llanto aumentó.
¿Eran espectros ó frailes?
¿Era verdad ó ficcion?
Al pasar junto á su lado
Quiso cobrar su valor,
Y á uno de aquellos fantasmas
¿Quién ha muerto? preguntó:
¡Y cuál fué su gran asombro
Y su horrible confusion,
Cuando de sus secos lábios,
Miguel de Mañara, oyó.
Y á otro fraile y á otro luégo

Y á toda la procesion
Hizo la misma pregunta
É igual respuesta escuchó.
¡Imposible! Él se palpaba
Preguntando en su terror
Si era su cuerpo su cuerpo,
Ó tambien era vision.
¡Imposible! Loco, ciego,
Ciego de angustia y dolor,
Al ataud se avalanza
Que cubre negro crespon,
Lo desgarra en mil pedazos
Y al suelo como él cayó
Cuando en la caja vió á un muerto
Y contempló con horror
Que era... ¡Miguel de Mañara
El cadáver que miró!

Volvió á la vida y el mísero
De su existencia dudára,
Si en su corazon no oyera
Mil voces que lo desgarran.
Huye con rápidos pasos,
Presa de pavor el alma,
De aquellos sitios que llenos
Están de horribles fantasmas.
Masas informes y negras
En el espacio destacan,
Mil quimeras simulando
De forma grotesca y rara.

—

Y corre el desventurado
Con loco y febril delirio,
Siempre volviendo la cara
Hácia mil distintos sitios.
Siempre la misma voz oye,
Escucha los mismos gritos,

Y á cada paso que avanza
Mira abierto un ancho abismo.
Por fin cesó en su carrera,
Trémulo, desfallecido...
Y vió que de quien huia...
¡Era sólo de sí mismo!

VIII.

Al salir el sol, Mañara
Entró en su casa agitado,
Más que la cera amarillo,
Más descompuesto que pálido.
Gregüela, aunque sacerdote
Del intemperante Baco,
Á quien más de una botella
Habia sacrificado,
Vió el semblante de su dueño
Y exclamó con aire franco:
—Subid, señor, que ¡por Cristo!
No habréis visto nunca cuadro
Más perfecto. Los semblantes
De vuestros amigos caros
Se parecen tanto al vuestro,
Que pienso, para mi sayo,
Que Vénus en esta noche
Se ha portado como Baco.
Y así diciendo, á su dueño
Jovial agarró del brazo
Y al aposento llevólo
Del festin, en donde espanto
Causaba ver de la orgía

Los nauseabundos extragos.
Una trás otra las luces
Muriendo en los candelabros
Iluminaban la estancia
Con resplandores fantásticos.
Sobre los blancos manteles
El vino formaba lagos,
Y por el suelo rodaban
Botellas, copas y platos.
Ébrios, roncos, soñolientos
Aquellos nobles hidalgos,
Unos cantaban alegres
Canciones que dictó el diablo,
Otros por el sucio suelo
Se arrastraban dormitando,
Y otros teniendo vergüenza
De no verse en tal estado,
De tal manera libaban
Que eran toneles humanos.
Miraba sólo Acebedo
Indiferente tal cuadro,
Meditando en su cabeza
Algo terrible y satánico.
Al entrar luégo en la estancia
Mañara, estrechó sus manos,
Y con risa de desprecio
Le mostró aquel espectáculo.
—Vos, Mañara, sois prudente,
Exclamó: ¿por qué negarlo?
En vez de hacer sacrificios
Bochornosos al Dios Baco,
Habeis en copa de amores
Á Vénus sacrificado.
—Callad.
—Lo muestra el semblante.
¿Cuál se llama el nuevo encanto?
Ángel no será de fijo,

Pues vos sólo amais al diablo.
Y ahora bien, aquella niña,
Aquel ángel... destronado
¿Tiene altar en vuestro pecho?
—Callad.
—Hoy se cumple el plazo,
Y por Dios que de esta vez
Si hubiera apostado algo
Sin duda que á mi escudero
Le daba albricias. Callado
Estais y ¡por Dios! os juro
Que nunca leon africano
Á la presencia del tigre
Su garra escondió temblando.

—

Olvidándose Mañara
De sus terrores pasados,
Retorciéndose de cólera,
Sus ojos fuego lanzando,
Y reprimiendo la angustia
Que palpitaba en sus lábios,
¡Dios lo quiere! con acento
Exclamó, que daba espanto.
Á las puertas de mi orgullo,
Acebedo, habeis llamado,
Y el lëon, que convertido
En implacable leopardo
Para la infeliz gacela,
Que á su vista huye temblando,
La ha de ver bajo su garra,
Será el leon inhumano
Para el tigre que su furia
Y coraje ha despertado.

En aquel mismo momento
Dos fuertes golpes sonaron
En las puertas, y Gregüela

Entró en la estancia azorado.
—¿Qué traes? le gritó Mañara.
—En la puerta hay un hidalgo
Que quiere veros.
—Que suba.
Y en la estancia á poco rato
Entró un hombre, cuyo traje
Descompuesto y empolvado
Declaraba que el viajero
Era un militar bizarro
Y que de Italia ó de Flándes
Estaba recien llegado.
—¿Quién es Don Miguel Mañara?
Preguntó.
—Yo soy, hidalgo.
Y vos, ¿quién sois?
—De una muerta
Soy el vengador hermano.
—Pues yá sé á lo que venís.
Fijad el sitio y el plazo.
—Ahora mismo.
—Enhorabuena.
—Salgamos de aquí.
—Salgamos.

Levantóse el de Acebedo,
Y, poniéndose entre ámbos,
¡Nunca, exclamó, fuí segundo
En vengar propios agravios!
Tengo con Mañara cuentas
Bastante antiguas, hidalgo,
Y si vos le dais la muerte,
Mi honor no queda vengado.
Tomad el segundo puesto,
Y si me mata su mano
¡Pardiez! que contento muera,
Pues la venganza en vos hallo.

—Fijad vos plazo, Acebedo,
Dijo Mañara temblando
De coraje.
—Sea esta noche.
—¡Hora!
—Vos la habeis marcado.
Cuando la gacela muera
En las garras del leopardo,
El leon matará al tigre.
—¡Á las diez!
—Las diez aguardo.
Y vos, hidalgo, á las doce.
—Sitio...
—¡De Tablada el campo!

Y Mañara de la estancia
Salió de rábia bramando,
Como embravecido toro
Que en su cerviz siente el dardo.

IX.

Noches dulces y serenas,
De aromas embalsamadas,
¡Cómo evocais en mi mente
Mil amorosos fantasmas!
En los rayos de la luna,
De la luna triste y pálida,
Ve flotar mi mente loca
Ilusiones yá pasadas,
Pero que fueron tan dulces,
Que áun gozo yo al recordarlas.
Noches dulces y serenas,

¡Cómo en vosotras el alma
Entre sonrisas escribe
Las más seductoras páginas!
Auroras resplandecientes
De un pecho que amante estalla,
Embriagadores ensueños
De dulcísima esperanza,
Murmullos de ruiseñores,
De tórtolas dulces cántigas,
Ved los cantos del poema
Que inspira la luna blanca
Y esas noches de delirios
Para las amantes almas.

Toda la naturaleza
Melancólica descansa,
Mas como sueña en amores
Murmullos de amores lanza.

Pálida, triste, llorosa,
Inmóvil como una estátua,
Caridad mira del Bétis
Correr las tranquilas aguas.
Y al resplandor de la luna,
Que se quiebra en su ventana,
Y que su hermoso semblante
Tiñe del color del nácar,
Parece blanca azucena
Que triste la muerte aguarda.

¡Niña infeliz! Ve las ondas
Que vienen, que ván, que pasan...
Y las ondas que se fueron
Jamás volverá á mirarlas.
Del arroyo de la vida
Olas son las esperanzas,
Y en el mar del desengaño

Unas trás otras acaban.
¡Niña infeliz! ¡Cuántas veces
Ha recordado á Mañara
Y sus propios pensamientos
Han desgarrado su alma!
Ella, pura como un ángel,
Alentar vana esperanza,
Amar á quien sólo busca
Robar su dicha y su calma,
Atar su vida á la muerte,
Ver su pureza empañada...!
¡Nó, imposible! Y sin embargo
Piensa y adora en Mañara.
Le asaltan mil pensamientos,
Siente tal miedo en el alma,
Que hasta en las ondas del río
Mira siniestros fantasmas.
Siente rüido... un murmullo
De voces confusas, vagas,
Y oye su nombre. El acento
Que pronuncia tal palabra,
Como en su pecho resuena,
Sospecha que es de Mañara.
Y al par mira vagas sombras,
Negras, siniestras, extrañas,
Que cual jauría de lobos
Su pobre mansion rondaban.

Cerró sus ojos la niña,
Presa de pavor el alma,
Y eco de angustia al abrirlos
Resonó en la pobre estancia.
¿Era un sueño, una quimera,
Un aterrador fantasma?

. . . . . .

Cayó al suelo, y en el suelo
Cayó desde la ventana

Un hombre á la vez, lanzando
Satánica carcajada.

—¡Socorro! ¡favor! gimió
La pobre niña en su espanto.
—¡Mil truenos! Seca ese llanto,
El hombre le respondió.
Y en el contiguo aposento
Una voz ¡hija! decia,
De un sepulcro parecia
Que brotaba aquel acento.
—Tu suerte al fin te depara
Rico y gentil caballero.
—¿Quién sois vos?
—El escudero
De don Miguel de Mañara.
—¡Mañara! ¿Pretende así
Envolverme en fieros lazos?
Gregüela en sus fuertes brazos
La estrechó con frenesí.

. . . . . .

. . . . . .

Por ella corrió un temblor
De la cabeza á los piés.
¡Temblaba como la miés
En manos del segador!
Y en lucha tan desigual
La pobre niña espiraba,
Y al mismo tiempo escuchaba
El acento sepulcral
Que ¡hija del alma! decía,
¡Ladrones, sin compasion,
Arrancais el corazon
De una madre en su agonía!

Mas Gregüela nada oyó,
De la niña desprendióse.

Á la ventana acercóse
Y un largo silbido dió.

—

Al volver hácia su presa
Con depravada intencion,
Vió á la jóven, de la luna
Al dulce y tíbio fulgor,
En los brazos de una sombra,
Que sombra le pareció,
Aquel bulto que miraba
Revolverse en un rincon.
Avanzó osado, y la niña,
Presa de angustia y terror,
—¡Salvadme, madre, salvadme!
Dijo con helada voz.
Y dando auxilio á la vida
La muerte en esta ocasion,
Colocando á sus espaldas
Á la prenda de su amor,
—Si avanzais un paso más,
Con voz rugiente exclamó,
Sois cadáver, y una daga
De la luna al resplandor
Brilló en las manos convulsas
De la tétrica vision.
Gregüela, helado de espanto,
Al punto retrocedió,
Se abalanzó á la ventana,
Y al reflejar el fulgor
De la luna en su semblante
Terrible grito escuchó
Que, desgarrando su pecho,
Penetró en su corazon.
Y la sombra avanzó rápida
Á Gregüela. Le miró
Con desencajados ojos...
Quiso hablar... pero su voz

Sólo dijo:
—¡Eres su padre!
Y entre sus brazos cayó.

Horrorizado Gregüela,
Recuerda en aquella voz
La historia de veinte años
De crímenes y de horror.
Y quizás por vez primera
Llanto en sus ojos halló,
Y un pensamiento contrito,
Y en su lábio una oracion,
No escuchando los terribles
Gritos de insano furor
Con que Mañara y los otros,
Testigos de su baldon,
De Gregüela maldecian
Y blasfemaban de Dios,
Temiendo que el escudero,
Prudente en esta ocasion,
Se aprovechase del fruto
Que codiciaba el señor.

Mañara ardiendo en coraje,
Lleno de angustia, escuchó
Diez sonoras campanadas
De fatídico reloj.
Y al par á escape tendido
En negro caballo vió
Á Acebedo, que llegaba
Cual diablo exterminador,
Á robarle el alma y vida.
Con un sarcasmo feroz
Dijo Acebedo, que al punto
Comprendió la situacion
De Mañara:—¡Alargo el plazo!
Que pues dichoso no sois,

No quiero teñir mi espada
Con sangre rabiosa ¡nó!
Comprendo que la gacela
Huye del fiero leon,
Y darle pretende el tigre
En esta empresa favor.
Y así diciendo, con calma
Á la puerta se acercó,
Y la dió tan fieros golpes,
Que resonaba el fragor
Cual si maza de gigante
Fuera su puño feroz.
Ciego Mañara de rábia
—¡Sacad la espada! gritó,
Y si noble habeis nacido
Cumplid las deudas de honor.

Sus aceros se cruzaron,
Un grito sordo se oyó,
Y Acebedo cayó en tierra
Lanzando una maldicion.
—¡Caridad! dijo Mañara
Con desfallecida voz,
¡Caridad! ¡Sálvame ahora!
¡Tén piedad de mi dolor!

—

Sin hallar voces ni frases,
El desgraciado Gregüela
Fuerte estrecha entre sus brazos,
Llorando de angustia y pena,
Aquel cuerpo que fué suyo
Y que la muerte desea.
Caridad, puesta de hinojos,
Á Dios sus preces eleva,
Entre un torrente de lágrimas
Tan amargas como tiernas.
¡Grupo imponente y terrible

Que al par conmueve y aterra.

Luégo que sus tristes almas,
Con enmudecida lengua
Trémulas se confiaron
Mil dolores y mil quejas,
De la mujer moribunda
Oyó estas frases Gregüela:
—¡Juan! escucha. Yo te amo.
La muerte mis lábios cierra,
Mas al espirar te encuentro
Y feliz muero y contenta.
¡Cuánto he sufrido y llorado
En tu larga, eterna ausencia!
¡Caridad! vén... y á tu padre
Entre tus brazos estrecha!

Gregüela cayó de hinojos
Á los piés de la doncella,
Y en vez de besar su frente
Mil veces sus plantas besa.
—¡Hija mia! ¡hija del alma!
Dice con voz que dá pena,
¡No poder llamarme padre
Por ahogarme la vergüenza!
Y Caridad nada dice,
Que frases dignas no encuentra.
Corre á su madre y dá un grito...
Estaba su frente yerta
Y aún sus lábios se movian
Tal vez hablando á Gregüela.
Fijó en él triste mirada,
Y con voz turbada y seca,
¡Proteje y salva á tu hija,
Murmuró; ¡tu vida enmienda,
Te dejo un ángel, no manches
Su inmaculada pureza...!

¡Juan! ¡Caridad! ¡Vírgen santa!
¡Hija, que Dios te proteja!
. . . . . .
Y voló su ánima al cielo,
Quedando el cuerpo en la tierra.

Caridad aquel cadáver
Anegada en dolor besa,
Miéntras inmóvil y mudo
Está llorando Gregüela.
De repente, obedeciendo
Á una convulsion magnética,
Anhelante de fatiga
Corre á la mezquina puerta
De la estancia, y con sus manos
El férreo cerrojo aprieta.
Oye fragor espantoso
Retumbar en la escalera,
Y lanzando horrible grito,
Corre á Caridad, la estrecha
Entre sus brazos, y el triste
Oprímela con tal fuerza,
Cual si quisiera en su angustia
Dentro del pecho esconderla;
Y... ¿escuchas, hija? le dice,
No son hombres, nó, son hienas.
Buscan tu honor, hija mia:
No puedo darte defensa,
Son muchos, son muchos, ¡muchos!
Escucha, escucha... se acercan.
¡Lobos! ¡carniceros tigres!
Y el desgraciado Gregüela
Cruzaba aquel aposento,
Como la irritada fiera
Á quien roban sus cachorros
Debe agitarse en su cueva.
De repente oye las voces

De Mañara, trás la puerta,
Que,—¡abre, endiablado escudero,
Decia; ¡vengo por ella!
¡No la infames, que es mi vida,
Es mi esperanza!—Y Gregüela,
Loco y ciego de coraje,
Decia:—Venís por ella?
¡Infames! ¡si ella es mi hija,
Cómo quereis que os la venda!
Y escucha el desventurado
Carcajadas y blasfemias,
Y el acento de Mañara
Que más que todos le hiela.
—La amo.
—¡Mentira, mentira!
Vos no amais.
—¡Por Dios! ¡Gregüela,
Abre por piedad!
—No amais,
Vuestro amor causa vergüenza,
Llanto, y ruina, y desprecio.
¡Es mi hija!
—Abre la puerta
Ó la arranco con mis manos
Y con mi espada tu lengua.

Y entre ahullidos espantosos,
Carcajadas y blasfemias,
La puerta yá rechinaba
Próxima á venir á tierra.
Entónces, transfigurándose
El semblante de Gregüela,
Coge á la niña en sus brazos,
Su frente divina besa,
Y corriendo á la ventana,
¡Ántes que sin honra verla,
Matarla mil y mil veces!

Exclama con voz que hiela.

. . . . . .

. . . . . .

Y quizás fué aquello un vértigo.

. . . . . .

Mira las ondas serenas
Del Bétis, que en anchos círculos
Tras un objeto se cierran.
Y después, tambaleándose,
Corrió insensato á la puerta,
Y al abrirla.... ¡vengan todos,
Exclamó; vengan á verla!
¡Era mi hija, mi hija!
Y con la voz de pantera,
¿Veníais á deshonrarla?
Grita á Mañara, ¡pues vedla!
Y á la ventana arrastrándole
Un blanco objeto le muestra
Que cual un copo de espuma
Por la corriente atraviesa.
¡La ha seducido.... la muerte!
¡Vedla, dice, vedla, vedla!

Mañara seca una lágrima
Que por sus megillas rueda,
Y mudo, helado de espanto
De aquella estancia se aleja.
En el umbral de la casa
Con un cadáver tropieza;
Es Acebedo.... satánica
Sonrisa sus lábios muestran;
Después de muerto parece
Que de su dolor se alegra.

X.

¡Hora imponente y dulce y misteriosa!
La luna derramaba su explendor,
La brisa alegre murmuraba amores
Con vagarosa voz.
Allá en Tablada, junto al claro río,
Negra sombra fantástica se vé,
Congelado vapor, giron de niebla,
Mudo espectro tal vez.
Algo espera sin duda, que impaciente
Con paso delirante viene y vá,
Hasta que escucha del reloj lejano
Doce golpes sonar.
Al extinguirse sus vibrantes ecos,
Se mira en el camino aparecer
Otra sombra, que rápida camina
Ginete en un corcel.
Y los dos se encontraron y ¡eran ellos!
El hermano de Ana vengador,
Y Miguel de Mañara, que una tumba
Buscaba á su dolor.

—Puntual sois, dijo el hermano.
—Mañara exclamó: ¡á reñir,
Y Dios sabe que morir
Anhelo por vuestra mano.
Mas pienso en esta partida
Que, por burlas de mi suerte,
Vos no sabréis darme muerte
Porque es mi muerte la vida.

Á no ser vos caballero,
En verdad gozo sintiera
Porque muerte recibiera
Sin desnudar el acero.
Es preciso, y escuchadme,
Que lo pido por merced,
Tened de mi sangre sed
Y sin compasion matadme.
—Nunca tendrá mi valor
Compasion para aquel hombre
Que manchó mi ilustre nombre
Y empañó mi claro honor.
—¡Luchemos!
—Ese es mi afan.
Sus espadas se cruzaron
Y al recio choque lanzaron
Rayos de hirviente volcan.
Envueltos en lid que aterra,
Mañara un grito exhaló,
Algo en el Bétis miró
Y cayó exánime en tierra.
El otro quizás creyendo
Que estaba su honra vengada,
Rápido huyó de Tablada
Su destino maldiciendo.
Y cuentan que al otro día
De nuevo á Flandes partió,
Y que cual bueno murió
En aquella guerra impía.

XI.

¿Es un rayo de luz que desprendido,
De la pálida frente de la luna,
Reverbera en la mágica laguna
En sus ondas buscando dulce nido?
¿Es flor acaso del jardin del cielo
Que el ángel de la noche trae en sus alas,
Para prestar con sus brillantes galas
Luz á las flores del dormido suelo?
Tal vez es copo de nevada espuma,
Crisálida que encierra alguna ondina
Aquel *algo divino* que camina
De las ondas del río entre la bruma.
Dormida acaso al celestial arrullo
De un cántico de amor, puro y divino,
Caridad presta al Bétis cristalino
Dulces aromas, celestial murmullo.
Y sus trenzas parecen y su velo,
Al flotar en las aguas cristalinas,
Las alas de esas pobres golondrinas
Que besan á las ondas en su vuelo.
Y la luz que explendente tornasola
Del claro Bétis la veloz corriente,
Al reflejar sobre su blanca frente
Parece que le ciñe una aureola.

Y las algas desmayadas
Del hondo cauce salian
Para hacer un canastillo
De ramas entretejidas,
Donde cual blanco capullo,

De flor hermosa y divina,
Descansaba el cuerpo vírgen
De la desgraciada niña.
Y su rostro era tan bello,
Que más que muerta, dormida
Parece, porque la parca
Guardó su guadaña impia,
Y mandó venir á un ángel
Para robarle la vida.
Las ondas vienen temblando
Y aquel cuerpo depositan
En el remanso más bello
Que hay del Bétis en la orilla.
Encontrado á su corriente
El aire rápido, riza
Las olas, que al alejarse,
Un momento detenidas
Parece que para verla
Ván volviendo atrás la vista.

Mañara se alza del suelo,
La aparicion le fascina,
Corre á ella, lanza un grito
Y cae luego de rodillas.

. . . . . .

Y pasaron muchas horas,
¡Muchas horas sin sentirlas!
Siempre Mañara llorando
Con indecible fatiga,
Siempre besando las plantas
De su amor y de su víctima.

Y le sorprende la aurora
En tan terrible agonía,
Y así le mira la tarde,
Y así la noche le mira.
Al levantarse del suelo

Un cadáver parecía;
Secos estaban sus ojos,
Su cabeza encanecida.
Toma á la muerta en sus brazos
Y á la ciudad se encamina,
Y al verlos.... ¿cuál de los dos
Es el cadáver? decian.

CONCLUSION.

Y pasó un mes y otro luégo
Y en Sevilla se notaba
Que el diablo de ella faltaba
Ó faltaba don Miguel.
Y las rezadoras viejas,
Con su murmurar eterno,
Decian que en el infierno
Debió parar el doncel.
Mas un dia con espanto
Se le vió entrar en Sevilla,
Causando gran maravilla
Lo que el vulgo en él notó.
Y fué que al ver de San Jorge
La santa y humilde ermita,
Con el ánima contrita
En ella lloroso entró.
Y allí estuvo muchas horas,
Causando notable ejemplo
Que así estuviera en el templo
Aquel diablo terrenal.
Y vieron los sevillanos
Que el diablo, al siguiente dia,

Sus riquezas consumia
Levantando un hospital.
¡Ah! no hay delito á que el cielo
No otorgue santa clemencia,
Si busca la penitencia
Humillado el pecador.
Que en el mar, siempre irritado,
Del mundo ¡entre tanto vicio!
Nunca rueda al precipicio
Quien implora su favor.
¡Mañara, feliz mil veces!
Si el amor fué tu pecado,
En santo amor abrasado
Fundaste la Caridad.
Y si el orgullo en tu pecho,
Acaso fabricó un nido,
Lo trocaste, arrepentido,
En compasiva humildad.
Y en las naves de ese templo
De santidad maravilla,
Que para prez de Sevilla
Supiste al cielo elevar,
Halló el pobre dulce asilo,
Y de tu nombre en abono,
Al arte elevaste un trono
Y á Dios un sagrado altar.
Y del alcázar que al pobre
Lleno de amor fabricaste,
Tú sólo te reservaste
Un reducido confin.
¡Un huerto! donde tu mano
Ocho rosales cuidaba.
¡Hondo misterio encerraba
Aquel estrecho jardin!
Rosales que, cuando al soplo
De los céfiros gemian,
Para Mañara decian

Ténues frases de dolor.
Cada rosal recordaba
Tristemente á su memoria,
Amarga y llorada historia
De algun pecado de amor.

. . . . . .

Y todas, todas las noches,
Cuando con pena en el alma,
Vertiendo abundoso llanto
Aquellas flores regaba,
En los espacios se oian
Canciones, rumor de alas.
Y en los rayos de la luna,
Como celestes fantasmas
Ó apariciones divinas,
Ocho querubes bajaban
Sobre los ocho rosales
Que plantó el feliz Mañara.
¡Y eran ellas!—¡Sus amores!
Que, consolando sus lágrimas,
¡Dios te perdona! decian,
Y luégo al cielo tornaban.

. . . . . .

Han pasado yá dos siglos
Y áun los rosales se encuentran
Cubiertos de hermosas flores
En la verde primavera.

. . . . . .

Y cuando en la noche triste
El ánima á Dios entrega
Algun anciano, que muere
En *La Caridad*, resuenan
Murmullos, batir de alas
Por los aires.... y ¡son ellas,
Que bajan quizás por rosas
Y almas en cámbio se llevan!